

cosa magnífica..... De día el sol resplandeciendo hasta en las nubes, de noche las estrellas brillando como diamantes en un manto azul..... El cielo..... ya se ve, pensaba en el cielo porque había visto un ángel.

La imágen de la vecina se le había metido entre ceja y ceja, y á pesar de haberla visto asomada á la ventana de un cuarto piso, le parecía que había de ser una reina; aquellas manos eran de princesa, aquella frente de heroína.

Hay una aristocracia que todas las demagogias reunidas en una asamblea universal no conseguirán destruir nunca: es la aristocracia del pié, de la mano, de la fisonomía, del aire; aristocracia que se revela bajo el más humilde vestido, en medio de la mayor miseria.

Hay fisonomías nobles, aires distinguidos, formas delicadas, y maneras, digámoslo así, elegantes, que no siempre se encuentran debajo de los encajes y de la seda; pero que donde quiera que se encuentren nos descubren la existencia de una aristocracia que la naturaleza se ha obstinado en conservar con-

tra la corriente niveladora de nuestro siglo.

Y no hablo de la aristocracia de la hermosura, porque la hermosura no es la distincion, como el talento no es el buen gusto. Hay mujeres hermosas, realmente hermosas, que aunque ciñan una corona de duquesa, serán siempre mozas de cántaro, y hay criaturas más ó ménos bellas, que en medio de la condicion más humilde dicen con su aire modesto, con su fisonomía afable, con su pié fino y con sus manos delicadas: «Por aquí va una verdadera duquesa.»

No es extraño, pues, que Miguel viera en su vecina, bajo una bata de percal y sobre el grosero pasamano de la ventana de un cuarto piso, la imágen de una reina y el aire de una heroína.

Sentía curiosidad; segun él, esa curiosidad que se experimenta delante de un retrato, cuyo original no es desconocido..... y que nos obliga á preguntarnos: ¿quién será?.....

Esta misma pregunta se hacia Miguel cuando sintió el ruido de unos cristales que se abrian, desencajándose de golpe; y dando

un paso hácia su ventana, cuyas maderas habia entornado el aire, se colocó de manera que podia ver sin ser visto.

Los cristales que acababan de abrirse eran los de la ventana de la vecina..... pero ¡qué transformacion!..... La cabeza que Miguel distinguia no tenía absolutamente nada que ver con la cabeza de su hermosa vecina; era otra cosa, era todo lo contrario.

Imaginémonos una cara ancha de la frente y estrecha de la barba, como las caras de los gatos, con cejas casi rectas, con ojos casi verdes, boca grande y labios delgados, nariz puntiaguda y tez sin color..... llevaba á la cabeza un pañuelo amarillo de seda con franja negra, y al cuello un pañuelo grande de lana á cuadros escoceses.

Al inclinar la cabeza para mirar á la calle, distinguió Miguel perfectamente dos grandes pendientes de plata que asomaron por debajo del pañuelo de seda, y vió tambien brillar en sus dedos sortijas que podian ser falsas, aunque brillaban mucho.

¿Sería aquella mujer la madre de la vecina? Imposible. Los hijos suelen no parecerse

á los padres, pero siempre tienen algo de las madres, y el *corrector de pruebas* no encontraba semejanza ninguna entre aquella mujer pálida y séria, y la bella vecina sonrosada y risueña; aquellos dos semblantes tan opuestos, colocados uno junto á otro, se rechazarían forzosamente..... No, no podia ser su madre, era imposible que lo fuera.

El aspecto equívoco de la mujer que Miguel examinaba, tenía algo de repugnante..... Semejante madre sería un defecto, y era forzoso que la vecina fuera un conjunto de perfecciones.

Pero bien, si no era su madre..... ¿qué era? ¿qué hacia allí?.....

Por el movimiento de los labios notó Miguel que hablaba, y entónces añadió á la vista el oído, aplicándolo con toda la atencion posible, y oyó un murmullo de palabras, confuso al principio, más claro despues, y que poco á poco fué aclarándose, de la misma manera que la oscuridad en que entramos de repente viniendo de la luz se disipa, dejándonos distinguir la realidad de los objetos que nos rodean.

Lo primero que notó fueron las ásperas inflexiones de la voz que hablaba, á pesar de la dulzura de las palabras de que se servía para expresar sus pensamientos.

«Hija mia», fué la primera frase clara y distinta que hirió sus oídos, seguida de un brusco ademán que podía traducirse en estos términos: «No sé en qué piensas.»

La respuesta no podía llegar á los oídos de Miguel por mucha que fuera su atención, y esto aumentaba su curiosidad.

La mujer dijo:

—Yo no puedo, vida mia, cerrar la puerta de mi casa á quien debo tantos beneficios: la que no es agradecida no es bien nacida; yo no he de vivirte siempre y quiero dejarte bien colocada.

Al oír estas palabras el corrector de pruebas se indignó contra la naturaleza, porque dedujo de ellas que la mujer que las había pronunciado era la madre de la vecina.... Sin embargo, conservó un resto de esperanza, porque.... podía ser su tía.

Tampoco le agradaba ese parentesco; le parecía demasiado cercano, demasiado ínti-

mo, demasiado estrecho para unir las, cuando no encontraba más que razones para separarlas. ¿Cómo había de convenir en que fueran parientes, si no concebía que fueran amigas?

La mujer continuó hablando de esta manera:

—Niña mia, lo que dices no es razonable. Si viviera tu padre le darías un sentimiento.... Mire V. qué capricho.... puede andar en coche y se obstina en andar sin zapatos.... Cuando la fortuna se nos pone delante hay que cogerla con las dos manos.

Miguel no perdía sílaba de esta media conversacion, que excitaba su interés precisamente porque no la oía toda, pues nada nos interesa tanto como las hojas que faltan en el libro que leemos, los renglones borrados de las cartas que recibimos, las medias palabras, las medias sonrisas, las medias miradas; todo aquello que nos oculta algo para que lo adivinemos ó lo supongamos.

De nuevo resonó en sus oídos la voz de la mujer, diciendo:

—No sé, ángel de Dios, qué le echas de

ménos: es buen mozo, fino como el coral, te quiere como á las niñas de sus ojos, tiene un bolsillo tan hondo y tan lleno, que no se le ve el fin, y te llevará en las palmas de las manos.....

Aquí debió sufrir alguna interrupcion de su invisible interlocutora, porque esperó un momento, como quien escucha, y continuó:

—No quiero yo decir que entregues la carta á las primeras de cambio; pero déjate ir, déjate querer..... Un dia amable..... otro dia séria; un dia triste, otro dia alegre; maréalo..... ¿me entiendes, hija mia? maréalo.

Dichas estas palabras, apoyó la espalda sobre el quicio de la ventana, y permaneció un momento en la actitud del orador que calcula el efecto de su elocuencia. Despues movió la cabeza y dijo:

—Los hombres son todos iguales..... y tú eres muy hermosa y has nacido para vivir en un palacio y arrastrar coche y reirte del mundo..... ¡Cuántas quisieran que les arrastrára el ala un hombre como ése! Si de cada una que se despepita por él tuviera yo

un duro, otro gallo me cantára..... Vamos, es preciso que le echés el gancho; bastante tiempo hemos sido pobres, y yo me canso ya de andar con la lengua por el suelo.

Oyendo esto Miguel, se preguntó:

—¿Esa mujer es su madre?.....

Despues de pensarlo un momento se dió esta respuesta:

—¿Por qué no?

Las madres suelen profesar á sus hijas un cariño funesto; quieren para ellas lo mejor..... y lo mejor es lo que en el mundo se llama un buen partido, y un buen partido se llama en el mundo á una buena fortuna. Se dice: Fulano es jóven, guapo, tiene talento, tiene un hermoso corazon..... Sí, pero..... ¡bah!..... es pobre. Zutano es feo, es viejo, es ridículo, es insoportable..... pero ¡ah! es rico. En cien casos, ochenta veces la familia elegirá al último, para que la hija, la hermana ó la sobrina sea feliz..... Y, Dios mio, es más peligroso poner la virtud de la mujer á la terrible prueba de un marido feo, viejo, ridículo é insoportable, que á la prueba de las debilidades, de la ternura; porque

la mujer se defiende de las seducciones de su propio cariño; el amor mismo suele hacerla fuerte; pero no se resigna á la cruel felicidad de vivir perpetuamente con un hombre que no puede llenar su corazón. Lo engaña desde el primer momento en que le finge un afecto que no siente, y despues de la primera traicion, ¡es tan fácil la segunda!.....

Así discurría Miguel con la vehemencia propia de sus pocos años, queriendo subordinar á la lealtad de los sentimientos y á la pureza de los afectos la felicidad de la mujer dichosa, que se vende por toda la vida al primer saco de oro que pide su mano.

Sin embargo, allá en el fondo de su corazón se resistía á creer que la vecina tuviera semejante madre.

La mujer desapareció de la ventana, y el huésped de la señora Gertrúdis esperó, sin saber por qué, la celestial aparicion de su hermosa vecina.

En efecto, le pareció distinguir una sombra que se acercaba, y oyó claramente la voz de la preciosa niña, que con acento afligido gritaba:

—¡Madre, madre!.....

Sin poderse contener, abrió de par en par la ventana y asomó la cabeza cuanto pudo, oyendo la dura voz de la madre, que decía:

—Ya la tenemos.....

—Mire V., mire V..... repetía la dulce voz de la niña, con ese timbre ahogado que dan los sollozos á las palabras.

La madre dijo:

—Infame..... Te voy á desollar como á un cabrito; eres el verdugo de tu hermana.

—Es mentira, es mentira, gritó otra voz medio de muchacho medio de hombre.

Entonces se dibujó en el cuadro de la ventana el contorno de una nueva figura vuelta de espaldas, y cuyos brazos levantados sostenían á la altura de la cabeza una silla en actitud ofensiva y defensiva.

—No le pegue V., decía la hija.

—Lo mataré..... bramaba la madre.

—Allá veremos..... refunfuñaba el otro.

De repente, la silla que sostenía en sus manos fué lanzada con ímpetu; Miguel oyó un grito, y en el mismo instante la figura

que se distinguía en el cuadro de la ventana y que acababa de lanzar la silla, saltó sobre el pasamano, quedando á caballo sobre la pared con una pierna hácia adentro y otra pierna hácia fuera, á la vez que decía con terrible acento:

—Si se acerca V. me tiro á la calle.

Miguel, que seguía atentamente el curso rápido de aquella escena medio visible, medio invisible, pudo ver de frente á este nuevo personaje.

En su rostro pálido y demacrado se confundían en horrible contraste las últimas líneas de la adolescencia y las primeras arrugas de la vejez; el cuerpo raquíptico pero ágil se balanceaba sobre el pasamano de la ventana con audaz indolencia, y en su frente deprimida, en sus ojos hundidos, en su mirada oblicua y en su boca movable, aparecían á la vez la estupidez de la ignorancia y la astucia del vicio.

Nadie se acercó á la ventana.

Miguel lo miraba y se decía:

—¿Es posible que este demonio sea hermano de ese ángel?

Los ojos del muchacho se encontraron con los de Miguel, y ambos mantuvieron la mirada firme, tenaz, provocativa; los rayos de sus ojos se cruzaron, si puedo decirlo así, como se cruzarían la hoja de una espada y la hoja de un puñal; ambos se repugnaban mutuamente. Miguel lo hubiera aplastado bajo la suela de sus botas como á un reptil, y el muchacho le hubiera mordido como una víbora..... Era la primera vez que se veían y ya se odiaban.

Miguel no bajó los ojos, pero los apartó con desprecio, y el muchacho se echó á reír con grosera insolencia.

Sobre su cabeza, y en el hueco de la ventana, había una jaula de alambre, dentro de la que saltaba ligero é inquieto un canario, agitando sus alas de seda verde y amarilla.

—Hola, caballero..... exclamó, contemplando la jaula, como hubiera podido contemplarla un gato. La señorita se desesperaría si V. tuviera la mala intención de morirse..... Pero..... chist, añadió poniéndose el dedo en la boca y mirando hácia adentro..... Las dos se han ido.

Entonces abrió la jaula, metió la mano y cogió el canario, oprimiéndolo tan cariñosamente entre sus dedos, que al soltarlo cayó muerto.

Todo esto lo había visto Miguel sin mirarlo, y comprendiendo lo que acababa de hacer con el pobre canario, gritó en el fondo de su corazón indignado:

—¡Asesino!

Al mismo tiempo sus ojos se clavaron en el muchacho con todo el fuego de dos centellas, encontrando la mirada de éste fría é incisiva, como el filo de una navaja.

Otra vez se miraron de hito en hito; Miguel con semblante airado..... el muchacho con semblante cínico.

Así permanecieron algunos instantes; así hubieran permanecido mucho tiempo si el muchacho no hubiera hecho un guiño espantoso torciendo la boca, sacando la lengua y bajando las cejas arrugadas hasta cubrir las cuencas de los ojos; y no contento con esta mueca insultante, llevó el pulgar de la mano izquierda á la punta de la nariz, y el pulgar de la mano derecha al extremo del dedo me-

ñique, haciendo á Miguel, que lo miraba furioso, lo que se llama *tres palmos de narices*..... Luégo puso ambas manos sobre el alféizar de la ventana, saltó como el que se apea de un caballo y se hundió en el cuarto.

El *corrector de pruebas* se retiró..... fué á sentarse junto á la mesa y exclamó con tristeza:

—¡Qué madre y qué hermano!